

“SIMBOLIZACIONES PRIMARIAS Y SECUNDARIAS”

René Roussillon

Trad. Elena Errandonea

Desde hace unos veinte años me he dedicado a un trabajo de reflexión y teorización tanto metapsicológico como clínico para darle a la simbolización el lugar central que le corresponde, según mi punto de vista, en el pensamiento psicoanalítico. Y me alegra la ocasión que se me da de retomar tanto los motivos de esta posición epistemológica como de sintetizar el punto actual de mi reflexión sobre este tema.

De entrada, porque el uso de este término es múltiple, creo necesario comenzar por tratar de delimitar la definición de la simbolización sobre la que he basado mi investigación.

Representar / simbolizar

La primera cuestión concierne a la articulación representación/simbolización. En esencia, como lo subrayé repetidas veces, nuestro aparato psíquico, como nuestro cerebro, no puede no representar, toda su organización se sostiene en el hecho que “representa” porque funciona así. La designación de experiencias “sin representación” que encontramos a menudo cuando referimos a una experiencia traumática es una simplificación que no puede significar más que “sin representación simbólica”. Si hubo sideración, pánico o terror es en función de una cierta representación de la escena traumática, aunque no fuera más que *a minima* la representación de una ausencia de representación aceptable.

Como lo ha mostrado F. Varela, el funcionamiento mismo de nuestro cerebro y de nuestra relación con el mundo supone siempre –es el proceso que llama auto-poëse y que caracteriza el funcionamiento de sistemas vivos- que el contacto sensorial que podemos tener con el mundo exterior sea descompuesto y analizado por sistemas

internos específicos y recompuesto según una red asociativa interna que es una representación interna de la experiencia. Observemos que es el mismo modelo del Freud neurólogo de 1891 del estudio sobre las afasias. El problema entonces no está nunca en el nivel de la representación sino en el nivel de su comprensión subjetiva como representación –a diferenciar entonces de la “representación perceptiva”-. Podemos representar sin saberlo, sin tener consciencia, sin tener consciencia de “representar” y de todas las transformaciones a las que se somete la experiencia en su proceso de interiorización y de inscripción psíquica.

Por esto necesitamos de un término para designar una representación que, en su estructura misma, “dice” y hace sentir que es una representación: es allí que interviene la cuestión de la “representación simbólica”. Para mí, la representación simbólica lleva la marca del trabajo de un movimiento reflexivo que la tiene presente y la reconoce como “representación psíquica”, que hace que se presente subjetivamente como una representación y no como una percepción. El trabajo que sufre el primer registro para ser tomado como “representación” y luego como “representación simbólica”, lo llamo “trabajo de simbolización”, es en y por este trabajo que la representación se concibe como una representación -re-presentación, nueva presentación interna-, que puede reflejarse como tal, devenir consciente de lo que es.

En este trabajo hay una sensación más o menos confusa del trabajo psíquico efectuado para inscribir la experiencia en el seno de la psique, y particularmente del trabajo de reunión o de asociación que rige a la emergencia de la representación. “Symbolon”, el símbolo en griego significa “poner junto”: simbolizar es poner juntos los datos externos y la psique que los inscribe bajo forma de experiencia y tener una cierta consciencia de este trabajo, del hecho que son los datos “para sí”.

Dos tipos de “simbolización”

En el esquema que propone del funcionamiento del aparato psíquico como aparato de memoria en la carta del 6 de diciembre de 1896, Freud ubica claramente dos procesos diferentes en la construcción de las representaciones psíquicas: la que lleva a pasar de la “traza mnésica perceptiva” primera inscripción bruta de la experiencia, a la representación de cosa, inconsciente, aquella que hace pasar de esta última, que ya es

“conceptual” a la representación de palabra. Dicho de otro modo, Freud indica que lo que llama “proceso” primario y “proceso secundario” son procesos de simbolización en el sentido en el que lo definí más arriba: es por lo que propongo considerar dos tipos de procesos de simbolización, la simbolización primaria y la simbolización secundaria.

Más tarde en 1914, cuando recuerda el modo en que presenta la regla fundamental del psicoanálisis a sus pacientes Freud propone una metáfora plena de enseñanza en cuanto a los procesos implicados y al trabajo de simbolización que exigen. Él dice a sus pacientes: “imaginen que están en un tren y que cuentan a alguien, que no lo ve, el paisaje que tienen antes vuestros ojos”.

Esta metáfora prescribe una doble transferencia y una doble transformación: transferencia del campo motor (sensorio-motor) –el tren tiene que rodar-; en el campo visual –se trata de describir un paisaje-, luego transferencia de esta forma visual en el aparato a lenguaje verbal; esta doble transformación corresponde por cierto a las dos formas de trabajo de simbolización que intento señalar.

Pero para fundamentar del todo la pertinencia de la existencia de dos modalidades o tipos de simbolización, tenemos que retomar el tema de manera más profunda.

El pasaje de la primera a la segunda tópica.

Para trabajar estos problemas partiré de la difícil pregunta de qué es lo que impulsa a Freud a pasar de la primera a la segunda metapsicología que propone a partir de 1920.

Para abreviar e ir a lo esencial, el cambio conceptual en juego en este pasaje está en relación directa con un cierto número de problemas clínicos descubiertos o formulados a propósito de problemáticas narcisistas y sin duda singularmente la de su forma arquetípica: la melancolía y sus diversas formas clínicas, en las que la identidad parece estar en dificultades en torno de un problema en la diferenciación yo/no yo o yo/objeto. Cuando “la sombra del objeto cae sobre el yo” como Freud lo plantea en 1915, es, efectivamente toda la relación del yo consigo mismo y con el objeto que sufre el impacto y el trastorno.

Para tratar de responder a este “hueso clínico” sobre el que la práctica psicoanalítica tropieza, Freud propone dos modificaciones mayores de su corpus teórico, uno, el

concepto de compulsión o de compulsión de repetición, bien conocido, o parece como conocido, ha sido muy trabajado; el otro, el desprendimiento de diferentes niveles de simbolización está menos manifiesto y menos explorado.

Yo planteé que el concepto de compulsión de repetición “parecía” bien conocido en la medida en que encuentro que muchos autores que estudiaron su significado no han integrado la totalidad de las propuestas de Freud que le concierne al concepto. Retomemos.

En 1920 Freud subraya la presencia incuestionable de procesos que parecen situarse “más allá del principio del placer”, es decir que parecen no sometérseles. Entonces se abre la cuestión del sentido de esta repetición de experiencias “que no entrañaron satisfacción ni el momento ni en su repetición” y se adelantarán diversas hipótesis para tratar a la vez de dar cuenta y al mismo tiempo de salvar lo que pueda la índole del principio fundamental del placer, en la medida en que cubre al menos una parte importante del funcionamiento psíquico.

Retomar aquí lo histórico de este tema nos llevaría muy lejos y sobre todo nos alejaría de lo esencial de nuestro tema¹, me voy a detener sobre todo en el estudio que lo que parece ser el último enunciado de Freud sobre el tema, el que a menudo se olvida.

En las pequeñas notas que redacta cuando su exilio terminal en Londres Freud vuelve sobre el tema de la repetición, no toma entonces ni la pulsión de muerte ni la destructividad, a menudo evocadas antes, él subraya al contrario, dos particularidades de la repetición ligadas entre sí.

Por una parte subraya lo que son las experiencias más precoces que parecen ser las más sometidas a la repetición y por otra parte propone una hipótesis para dar cuenta de ellas; recuerda entonces la “debilidad de la capacidad de síntesis” del sujeto cuando le sobrevienen esas experiencias precoces. Poco tiempo antes, ha precisado lo que

¹ Roussillon, 1995. “Metapsicología de los procesos y la transicionalidad”. *Rev. Franç. Psychanal.* 1995 LIX número especial congreso. Y *El placer y la repetición*. Dunod, Paris. Y *Manual de psicología clínica y psicopatología*. Masson-Elsevier.

entendía por “experiencias precoces” subrayando en *Construcciones en el análisis* el impacto de las experiencias “que preceden a la aparición del lenguaje verbal”.

Freud entonces insiste en el hecho que la repetición está ligada a la no integración de las experiencias subjetivas precoces, y por tanto la repetición expresa una forma de compulsión a la integración, y además, lo que ya subrayó de distintos modos, que el lenguaje verbal aparece como el gran proceso de integración psíquica.

Pero también da apertura a un gran tema que es sin duda uno de los temas llave de nuestras investigaciones clínicas actuales: ¿cuál es el devenir de las experiencias anteriores a la aparición del lenguaje verbal –pero a la vez también sin duda, cuál es el modo o la forma de su registro? Y, como corolario, ¿en qué condiciones estas experiencias pueden inscribirse secundariamente en el lenguaje verbal y ser entonces potencialmente integradas *après coup*?

Adelanto aquí una hipótesis que me va a ser útil como introducción para dar apertura a la otra gran mutación implicada en la segunda metapsicología: *para inscribirse après coup en las formas del lenguaje verbal las experiencias precoces deben inscribirse en las formas pre o no verbales del lenguaje.*

El tema entonces deviene el de las condiciones por las que una experiencia precoz puede “devenir lenguaje” en el seno de las relaciones primitivas que unen al niño a su entorno primero. Volveremos de manera más extensa y con mayor detalle sobre este tema crucial, pero por ahora tendremos que examinar la cuestión de los niveles de simbolización tal como aparece en 1923.

La cuestión de las inscripciones y trazas de la experiencia.

Para entender mejor lo que hace que la segunda metapsicología implique muchos niveles de simbolización hay que partir del tema de la inscripción y de las trazas de la experiencia subjetiva. La simbolización no liga en efecto al objeto a su representación, liga las representaciones o las trazas psíquicas del objeto entre sí. Y según el número y el tipo de traza podremos concebir diversos niveles de simbolización.

La primera aparición del tema del registro y de las trazas de la experiencia subjetiva apareció en Freud en la famosa carta del 6 de diciembre de 1896. En esta carta Freud

propone la idea según la cual la memoria está presente muchas veces y en diversos tipos de registros. De entrada está lo que denomina “traza mnésica perceptiva” que corresponde a la inscripción psíquica de trazas de percepción y su puesta en memoria. Enseguida hay una traza de la que Freud dice que es “conceptual” y que corresponde a las representaciones de cosas (o representación-cosa, representación bajo forma de cosa como en el sueño, símbolo) y que inscribe en el inconsciente. Por último una representación en representación de palabra preconsciente. Si hay tres trazas hay necesariamente dos procesos para pasar del uno al otro, dos procesos de transformación y, en la medida en que se trata de traza de representación, dos procesos de simbolización.

El problema proviene del hecho que en un primer tiempo Freud concibe el pasaje de las trazas mnésicas perceptivas a las representaciones de cosa como el simple producto de una reducción de la cantidad de investidura. A plena carga de investimento el investimento de la traza mnésica produce una “identidad de percepción”, es decir una activación alucinatoria, la traza es “presentificada” en la consciencia, está como en un presente. Cuando la carga está restringida, o que el proceso está aislado en el espacio psíquico interno como por la envoltura del sueño por ejemplo, por el contrario la activación de la traza mnésica no produce más que una simple representación: la representación de cosa. Pues el primer proceso no es más una simple reducción de cantidad, un efecto del duelo de “la identidad de percepción” en beneficio de una simple “identidad de pensamiento”. El primer proceso de simbolización es entonces “puramente cuantitativo”. Lo que ha detenido una parte de la reflexión clínica del lado del tema de la reducción de las cantidades, -el para-excitación- y del lado de la resistencia y del masoquismo cuando la reducción de las cantidades ha sido pensada como procesos de ligazón.

Antes de examinar lo que produjo una evolución en este primer modelo tenemos que subrayar la existencia de un modelo alternativo en Freud. En el espacio del sueño, espacio “encuadrado”, es decir “envuelto” como se le teoriza ahora, la activación es alucinatoria pero el pasaje de las trazas de la experiencia subjetiva –“sobre las que no había echado más que un vistazo durante el día” nota Freud en 1895- a la representación onírica necesita un “trabajo del sueño” que no es del orden de una reducción

cuantitativa, el sueño no lo necesita, sino de un trabajo de transformación, de disfraz, en otros términos de un trabajo de figuración (tomando en cuenta la figurabilidad, las exigencias de la presentación psíquica: *darstellung*), un trabajo de simbolización. Para soñar el sueño hay que hacer un trabajo psíquico y los éxitos y fracasos de la función onírica releva del fracaso o de la insuficiencia de este trabajo psíquico, este trabajo psíquico es un trabajo de “simbolización primaria”, de inscripción en el seno del “sistema primario”. El sueño soñado es después eventualmente “contado” entonces es transferido a representaciones de palabras: se requiere entonces un trabajo de inscripción en el “sistema secundario”, de traducción, por tanto de “simbolización secundaria”.

Hay pues un doble modelo en Freud, un modelo en el que el único trabajo psíquico en estado de vigilia, es un trabajo de “domeñamiento de la pulsión”, y un modelo nocturno, modelo de la actividad del sueño que no tiene necesidad de una pulsión “domeñada” sino que por el contrario exige un trabajo psíquico de transformación, de transposición cualitativa y simbólica. En este último proceso Freud subraya algunos procesos esenciales, “desplazamiento, condensación, sobredeterminación, figurabilidad, etc.”. Veremos cómo deberá proseguir y completarse este trabajo.

El modelo “diurno” de un proceso fundado sobre el domeñamiento de la pulsión se va a mantener hasta 1915 que lo encontramos en Freud, en los *Ensayos de metapsicología* todavía enfrentándose con lo que llama entonces “la doble inscripción” preguntándose si las inscripciones permanecen en el sistema del que provienen o si se desplazan de un sistema a otro.

Pero un fermento dialéctico y una dificultad clínica trabajando Freud, he podido hacer la hipótesis² que allí estaría la dificultad que trastocó la metapsicología y condujo a Freud a pensar en una necesaria evolución: la cuestión del duelo y la melancolía. La melancolía implica en efecto una forma de circularidad paradójica: *para hacer el duelo del objeto hay que poder simbolizarlo, pero para poder simbolizarlo hay que hacer el duelo.*

² Cf. R. Roussillon, (2012) Funciones de las metáforas biológicas en *Más allá del principio del placer: El impasse del narcisismo y la apertura sobre el objeto otro-sujeto*. A publicar en *El hecho del análisis*.

En efecto la representación es entonces considerada como representación del objeto ausente, representación de un objeto aceptado ausente, de un objeto al que no se llama imperiosamente que se vuelva presente según el modelo de “la identidad de percepción”, ella es “simbolización del objeto ausente”. El problema resulta de una clínica en la que la ausencia del objeto no es aceptada, no aceptable, de una clínica en la que la compulsión de repetición comienza a devenir identificable y con ella el impasse narcisista de la melancolía.

Y desde que surge el tema de las condiciones requeridas para que el sujeto acepte la ausencia del objeto y acepte comprometerse en el paliativo y el consuelo de su representación interna. Es allí que aparece la paradoja. Para aceptar que el objeto esté ausente, simplemente ausente sin que su ausencia de la percepción produzca una devastación del ser, es preciso que el sujeto disponga de una representación interna del objeto, que el objeto permanezca presente interiormente y que no tenga más que “despegar” la representación interna de la percepción del objeto.

Para salir de la paradoja hay que plantearse pues la hipótesis que la simbolización que vuelve tolerable la ausencia del objeto, no es la misma que la que fue posible por la ausencia del objeto. Hay que plantearse la hipótesis de que hay también un modo de simbolización que se produce “en presencia del objeto” y no solamente en su ausencia, una modalidad de simbolización que simboliza el modo de presencia del objeto y el modo de encuentro que se pone en juego en este encuentro. Hay modalidades de lenguaje fundadas en la presencia, que impone la presencia para establecerse y que están en el origen de modos de simbolización fundados en la presencia.

El modelo del sueño de un trabajo de simbolización primaria nocturna debe completarse con el modelo de una forma de simbolización primaria diurna y en presencia del objeto, sustentado en el modo de presencia del objeto.

Primeros desarrollos postfreudianos

Sería bueno partir si no de la melancolía misma considerada como modelo por excelencia de las “neurosis narcisistas”, al menos de la clínica de los sufrimientos narcisistas que se le emparentan. En los años 70 una serie de autores en Francia,

enfrentándose tanto al tema de la psicosis o al de los funcionamientos llamados límites, como a la clínica de los bebés, propondrá conceptos que, sin articularse necesariamente de modo directo y de manera deliberada a los temas que vengo trabajando, van a permitir prolongar el estudio de las formas primarias de la simbolización. Citemos a los más conocidos, P. Aulagnier y el concepto de “pictograma”, D. Anzieu y el de los “significantes formales”, al que T. Nathan prefiere llamarlos “Continentes formales”, M. Pinol-Douriez y las “proto-representaciones” e incluso G. Rosolato y los “significantes de demarcación”.

No puedo retomar al detalle las propuestas respectivas de estos diversos autores, me voy a limitar a tomar algunas características que me parecen serles comunes.

Mi primer señalamiento se centra en el hecho que bajo denominaciones diversas, y que son las en curso en la época de su formulación, los diferentes autores describen procesos de transformación lo que inscribe sus propuestas en el seno de una metapsicología de los procesos psíquicos.

Además los procesos descritos presentan todos ellos un importante anclaje en la sensorio-motricidad, se apoyan en el cuerpo de la sensorialidad y ponen en escena un movimiento que es lo que les confiere el valor de un proceso.

Por último los distintos autores describen procesos intrapsíquicos o intrasubjetivos, subrayando cómo estos son dependientes de las condiciones del entorno. Pero aún en la época de su puesta a punto no acuerdan con el abordaje intersubjetivo y el lugar de las respuestas de los objetos otro-sujetos si, se menciona, no están fundamentalmente integradas en la descripción metapsicológica.

Estas observaciones creo que ofrecen un trampolín para prolongar sus aportes e inscribirlos más decisivamente en el corpus de la metapsicología de Freud.

Para ello partiré de dos observaciones de Freud.

Extraigo la primera de las primeras páginas de *Psicología de las masas y análisis del Yo* en las que Freud aborda la cuestión, diferida mucho tiempo en su obra sobre el impacto y la influencia de un sujeto sobre otro. Adelanta entonces que la psicología es primariamente una “psicología social”, es decir una psicología en la que, salvo en raras

ocasiones³ como la de la situación psicoanalítica, no se puede pensar al sujeto humano independientemente de su relación con los otros-sujetos “investidos” que pueblan su entorno actual o histórico. La psicología clínica psicoanalítica es también una psicología del encuentro de una psicología de la acción de un sujeto sobre otro sujeto, y esto, desde, y tal vez sobre, el origen.

La segunda Freud la recuerda frecuentemente cuando le gusta retomar la frase de Locke según la cual “nada de lo que está en el pensamiento no estuvo antes en los sentidos”⁴. Freud no cita nunca que yo sepa la extensión que Gottfried Leibniz propuso en 1765⁵ y en la que el autor agrega un matiz de peso “si eso no es el entendimiento mismo”, y esto está sin duda ligado al hecho de que su posición al respecto es más compleja. Aunque seguramente Freud no cree que el entendimiento esté “en los sentidos”, al contrario sus reflexiones sobre el animismo de 1913⁶ lo llevan a pensar que el proceso de captura de los procesos psíquicos pasa, en cambio, por su proyección anímica en el mundo. Los procesos psíquicos necesitan también “pasar por los sentidos” para ser representables y apropiables por el sujeto.

Significantes formales, simbolización primaria y trabajo del sueño.

La hipótesis que propongo puede enunciarse de este modo: los primeros procesos de transformación, es decir los procesos que propuse llamar “simbolización primaria” *deben, para ser apropiados, apoyarse a la vez en la sensorialidad y ser inscritos, reconocidos y validados en la relación con un objeto significativo de la primera infancia.*

Así los pictogramas y otros significantes formales o continentes formales deben inscribirse en las primeras formas de intercambio entre el infans y su entorno primero para inscribirse en el seno de las formas de la simbolización primaria. Deben inscribirse y participar de las formas primeras del lenguaje no verbal que se crea progresivamente entre el bebé y su entorno.

³ La cura psicoanalítica tiende a estructurar una situación de ese tipo, es al menos lo que se cree en ese momento, en 1921, pero es el campo del cisne, porque rápidamente el tema de la telepatía (1924) y el del sueño de complacencia (1923) va a vencer este último bastión de resistencia.

⁴ John Locke (1689) Ensayo sobre el entendimiento humano, Libros III,IV y textos anexos. Vrin, “Biblioteca de Textos Filosóficos – Poche”, 2006

⁵ G. Leibniz. *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*. (1703, 1ª. Edición en 1765).

⁶ Freud S. (1913) Totem y Tabú.

D. Stern (1983) describe sin saberlo las secuencias de las interacciones entre madre y bebé en las que la madre “ecoíza” de modo transmodal los movimientos del bebé que son formas motrices de significantes formales.

En el seno de lo que propuse llamar⁷ “sintonías estésicas” y en las que la madre y el bebé sintonizan alrededor de una forma “en doble” de sensaciones corporales (el bebé hace muecas degustando algo y la madre, en eco, hace una mímica de degustar acompañada de un “bah, no está rico”)o en torno de un movimiento motor (por ejemplo el niño da una palmadita en una superficie seguida de un ruido al hacer clic, la madre “ecoíza ese gesto haciendo con la boca un ruido al mismo ritmo y con la misma intensidad, figura transmodal del gesto del bebe), se ecoíza de simples sensaciones pero también de procesos de transformación del tipo de los descritos por D. Anzieu con el nombre de significantes formales.

Pero la exploración clínica contemporánea invita a prolongar las propuestas de Anzieu o de Aulagnier integrando, en las formas descritas en el universo intrapsíquico, el lugar y la respuesta del objeto.

Me explico con un ejemplo.

D. Anzieu describe un significante formal del tipo un objeto se aleja luego vuelve sobre sí mismo, esto puede ser por ejemplo una figura de un sueño, o aún una pura sensación corporal, una impresión. Un niño autista podrá “escenarizar” y “contar” un proceso así con la ayuda de un estereotipo de la mano en la que esta se aleja de sí para volver hacia su mirada.

Si hacemos la hipótesis que este proceso trata de simbolizar un modo de encuentro con el objeto, un modo de presencia del objeto podemos descomponer ese movimiento de la madre a la manera que Freud “analiza” (1909) una mímica histérica en la que descompone la pantomima a la que se entrega su paciente en una representación del gesto de una mujer que trata de transmitir la experiencia de una violación. Una parte del cuerpo de la mujer, la derecha, la mano y el brazo derecho por ejemplo, “muestra”

⁷ Cf. R. Roussillon, 2004. La dependencia primitiva y lo homosexual primario “en doble”. *Revue Française de Psychanalyse*, L XVIII, No. 2

el gesto de un hombre que trata de arrancarle la ropa (una parte es arrancada) mientras que otra parte del cuerpo trata de apretar la ropa, (una parte es conservada, protegida) la parte izquierda que representa la mujer buscando defenderse por ejemplo.

Si aplicamos este tipo de descomposición al estereotipo evocado más arriba, podemos reconstruir un impulso del bebé hacia su madre, la mano se estira aleja hacia la madre, un objeto se aleja, pero no encuentra al objeto, por ejemplo ausente, no disponible, o huidizo y da marcha atrás. El significante formal se encuentra pues inscrito en el seno de una escena que cuenta un momento de interacción, que “simboliza” la historia del fracaso del encuentro con el objeto materno.

He aquí una rápida viñeta clínica extraída de la cura del análisis de un hombre que presenta un problema identitario importante.

Durante un tiempo en la cura, cara a cara, habla “al vacío” convencido que no entiendo nada, en congruencia con lo corriente de su experiencia relacional que está marcada por un sentimiento de fracaso en el encuentro con el otro. Tiene la impresión de que me “pierdo” en medio de su cadena asociativa, de estar “fuera de tema”, fórmula que entiendo en sentido propio.

Como experimenta durante meses mi esfuerzo por ajustar mi escucha a su búsqueda asociativa, poco a poco esta impresión se modifica, comienza a tener el sentimiento de mi presencia y de un encuentro conmigo durante las sesiones. A la vuelta de unas vacaciones me dijo que sentía que estaba mejor y recuerda un sueño que lo demuestra. En el sueño “dos partes se reúnen”. Comenta: “antes eso no se unía nunca”. Después otro sueño “dos tablas se juntan y forman un trineo, se sube en él y se desliza, pero puede detenerse y remontar la pendiente”. Comenta: “antes no podía parar de deslizar”.

Están presentes en esta secuencia diversos significantes formales.

“Dos partes se reúnen” es un significante formal aún si es un significante formal “positivo” y que Anzieu ha descrito sobre todo los significantes formales que acompañan los movimientos patológicos.

En el segundo sueño están presentes dos significantes formales, hay “dos tablas se juntan” que es lo mismo que lo del primer sueño, y “esta desliza”. Pero el sueño combina los dos significantes formales, añade un sujeto, y la presencia de un sujeto hace posible un control del “desliza” del significante formal.

El primer sueño y el primer significante formal, el primer proceso formal, “cuenta” que un encuentro, fruto del trabajo realizado conmigo durante los meses que precedieron al sueño, es ahora posible. Introduciendo, según el método de construcción propuesto más arriba, sujeto y objeto, hubiera podido decir si yo hubiera sentido la necesidad: “ahora usted puede encontrarme y podemos reunirnos y encontrarnos a la vuelta de las vacaciones”. Habría podido “escenificar” el significante formal, contextualizarlo y así inscribirlo en el seno de una representación de “reencuentros posibles luego de la ausencia”.

Pero no tuve necesidad de una intervención así, y además no hubiera tenido tiempo si lo hubiera querido pues llegó también el segundo sueño que complejiza la escena.

El segundo sueño retoma la reunión de dos partes, pero construye, con la ayuda de otro significante formal, una escena más compleja. “Se desliza” pone en escena una amenaza de caída interminable (“antes no se detenía”), caída de la separación de la vivencia de abandono, de dejar caer, o más exactamente de dejar deslizar según un esquema frecuente en él, pero detenido en mitad de camino por el hecho que un sujeto “toma el comando” y deja de “dejar deslizar” contrariamente a lo que se producía habitualmente.

El interés de tal secuencia es que permite articular los significantes formales y el trabajo del sueño, que permite inscribir la exploración clínica de los significantes formales en el seno de un trabajo psicoanalítico más tradicional y bien balizado.

En el ejemplo que acabo de dar el punto de partida es la emergencia de un significante formal y el trabajo del sueño o, en su falta, el trabajo del clínico va a ser construir en torno del significante formal una escena, relacionando un sujeto y un objeto en el seno de un contexto, y susceptible de inscribirse en una forma narrativa dirigida y significativa.

A menudo es preciso efectuar el trabajo inverso y extraer en el seno de una cadena asociativa el significante formal que la organiza bajo cuerda. Recuerdo un texto en el

que S. Leclair pone en evidencia en su paciente la presencia de lo que llama “la letra” bajo la forma del significante verbal “pordjelli” que encuentra en diversas cadenas asociativas de su paciente.

En la cura de una joven y en el seno de una coyuntura transferencial marcada por una vivencia de decepción repetida en diversas situaciones de “mano extendida” hacia el otro, sin respuesta satisfactoria, es la emergencia del proceso formal “una mano se tiende hacia uno que se retira” que aparece como la mejor puesta en forma de la secuencia clínica.

Para concluir acerca de la simbolización primaria, subrayaré que es el proceso que hace pasar “la materia primera” de la experiencia, la traza mnésica perceptiva que lleva la traza sensoriomotora del impacto del encuentro del sujeto con un objeto todavía mal diferenciado, mal identificado, que mezcla parte del sujeto y parte del objeto, a una posibilidad de escenificación susceptible de “devenir lenguaje”, susceptible de ser narrada a otro, de ser así compartida y reconocida por otro sujeto y que deviene entonces integrable en la subjetividad.

La simbolización secundaria

Dicho de otro modo, y en el devenir integrativo “natural”, o al menos suficientemente maduracional, las experiencias preceden a la aparición del aparato de lenguaje, al menos en parte son retomadas en el universo lenguajero y esto de tres maneras posibles.

De entrada por ligazón de las trazas mnésicas y representación de cosa con las representaciones de palabras más tarde adquiridas. La experiencia subjetiva es nominada *après coup*, las sensaciones y afectos que la componen son nominadas, analizadas, reflejadas, “detalle por detalle”, por el hecho de su ligazón secundaria en las formas lingüísticas. La aparición del lenguaje verbal y la ligazón verbal que vuelve posible, transforman la relación que el sujeto mantiene con sus afectos como con sus mímicas, su gestualidad, su postura y sus actos. La ligazón verbal permite contener y transformar las redes afectivas y las de las representaciones de cosas, es entonces en la cadena asociativa misma que hay que señalar el impacto. Las expresiones mimo-gesto-

tónico-posturales pueden entonces acompañar las narraciones verbales, dan el cuerpo o la expresividad ahí donde el sujeto cree que son insuficientes o que las palabras no llegan a transmitir el “todo” de la cosa vivida. Los niños y los adolescentes están acostumbrados a esta expresividad corporal acompañante, a menudo central en ellos, pero no desaparece nunca completamente de la expresión adulta. En las formas más elaboradas aún, el juego con el lenguaje o las palabras que la componen, retoma, apoya y desarrolla los juegos anteriores con las cosas, el registro mimo-gesto-tónico-postural o los afectos. Por transferencia en los aspectos no verbales del aparato de lenguaje después, es decir en la prosodia (intensidad, tono, ritmo, timbre de voz, etc.). Por ejemplo la voz “dice” el desmoronamiento vivido desmoronándose ella misma, su ritmo de enunciación se desintegra, su intensidad intenta hacer los cambios en la intensidad de la experiencia... El experimentar, transfiriéndose en el aparato de lenguaje verbal, afecta a este en los aspectos más “económicos” de su funcionamiento.

Y por último, después de la adolescencia, por transferencia en el estilo mismo del lenguaje usado, en la pragmática que este confiere a los enunciados y que permite que, entre las palabras, en su disposición misma, las cosas se transmitan y sean comunicadas. Así por ejemplo, he podido mostrar en otra parte⁸ cómo el estilo de Proust, y en particular su manejo de la puntuación, transmitían al lector un ahogo “asmático”, sin que nada o nadie delate esta experiencia en el contenido mismo del texto, en suma del todo inconsciente. Entonces le toca al lector experimentar lo que el sujeto no dice que siente, pero que trasmite “a través” de su estilo verbal. La capacidad de transferir en el estilo de la enunciación la riqueza de las experiencias no es algo de lo que todo el mundo disponga y en todo caso no antes de la reorganización de la subjetividad de la adolescencia. Los niños no tienen aún un verdadero estilo verbal.

Solo con la escucha de las cadenas asociativas verbales, podríamos volver a trazar la historia de la forma en que ciertas experiencias subjetivas precoces fueron recuperadas en el aparato de lenguaje. Cuando la recuperación integrativa es suficiente, los tres registros del aparato de lenguaje que recién mencioné, se conjugan para recuperar las

⁸ R. Roussillon, 1994 La Retórica de la influencia. Clínicas Mediterráneas, No. 43-44

experiencias subjetivas precoces y darles un cierto estatuto representativo secundario, para simbolizar secundariamente la experiencia primitiva.

Estas diferentes formas de transferencia de la experiencia subjetiva primitiva en el aparato de lenguaje no impiden que mímicas, gestos, posturas corporales, acompañen a la expresión verbal. Es sobre los tres registros de expresión de la vida pulsional y de la vida psíquica que el sujeto expresa a estas. Habla con las representaciones de palabras, trasmite su gestualidad, su mímica, sus posturas, sus actos, las representaciones de cosas y representaciones que la mueven, expresa a través de todo su cuerpo la presencia de los representantes-afectos que acompañan a las otras formas de expresividad. El dominio del lenguaje verbal en expresión de sí no tiene que hacer olvidar hasta qué punto está acompañado de una expresividad corporal sin la cual no desempeñaría su tarea. Una expresión verbal carente de cualquier afecto y de cualquier expresividad corporal deja un efecto en enfermedad en el interlocutor, vuelve difícil la empatía, permite mostrar a un sujeto clivado del niño que fue y del fondo de la experiencia afectiva humana. Las formas de lenguajes primarios, lenguaje del afecto y lenguaje de la expresión mimo-gesto-postural, testimonios de los primeros tiempos de la vida psíquica, primeras tentativas de intercambios y de comunicación, permanecen toda la vida y se vuelven necesarios para la expresividad, aún cuando el lenguaje verbal ha asegurado su dominio sobre otras formas de expresión.

El fracaso de la recuperación

El tema clínico central, del que hemos seguido la relación en el pensamiento de Freud es el del devenir de las experiencias subjetivas precoces que han podido ser secundariamente suficientemente recuperadas en el aparato de lenguaje verbal. Señalo “suficientemente” porque no podemos excluir, aún para las que tienen un carácter traumático y desorganizador, una cierta forma de recaptura en el aparato de lenguaje, al menos en lo que concierne a una parte de los “estados” narcisistas, e incluso en los “estados” psicóticos. Pero lo que más me interesa aquí es lo que pronto sustraído por represión, clivaje o proyección a los procesos de simbolización lingüística, va a buscar y encontrar formas de expresión no verbales.

En todas las formas de sufrimientos narcisistas-identitarios sobre las que he trabajado, una parte del cuadro clínico presentado desborda la asociación verbal y se manifiesta por una patología del afecto o del acto que creo que testimonia, para continuar la hipótesis que propone Freud, a la “reminiscencia” de las experiencias subjetivas anteriores a la emergencia del lenguaje verbal.

La hipótesis que propongo como complemento de las que él adelanta, es que estas experiencias subjetivas van a tender a manifestarse bajo la forma de lenguajes no verbales que se imprimen al cuerpo, al soma, a la motricidad y al acto, su forma de expresividad y de asociatividad privilegiada. Del mismo modo que el niño “preverbal” usa el afecto, el soma, el cuerpo, la motricidad, el registro mimo-gesto-tónico-postural etc. para comunicar y hacer reconocer sus estados de ser, los sujetos víctimas de formas de sufrimiento narcisista identitario en relación con los traumatismos precoces, van a usar también estos diferentes registros de expresividad y de asociatividad para tratar de comunicar y hacerlos dar a conocer de manera central en su economía psíquica.

Otra forma de presentar lo esencial de lo que quiero llamar a la reflexión, es decir que la representancia pulsional, y es en esto que he podido proponer la idea de que la pulsión era necesariamente también “mensajera”, se desarrolla y se trasmite según tres “lenguajes” potencialmente articulados entre sí pero sin embargo disyuntivos: el lenguaje verbal y las representaciones de palabras, el lenguaje del afecto y los representantes-afectos, y por último el lenguaje del cuerpo y del acto y de sus diferentes capacidades expresivas (mímica, gestual, postura, acto...) que corresponde a las representaciones de cosas⁹ (y a las “representaciones” según la bella fórmula de J. D. Vincent). Partiendo de la asociatividad psíquica hay lugar para entender cómo el lenguaje del afecto y el de las representaciones de cosa y representaciones vienen a mezclarse a las primeras. Hay lugar para entender el polimorfismo de la asociatividad psíquica.

Las experiencias subjetivas traumáticas a las que refiere mi hipótesis concernientes a los sufrimientos narcisistas-identitarios, están sometidos a las formas primitivas de

⁹ Para desarrollos metapsicológicos más completos referirse a R. Roussillon, 1995: La metapsicología de los procesos y la transicionalidad. Rev. Francesa de Psicoanálisis No. 5. O a R. Roussillon, 2001: *El placer y la repetición*. Dunod, Paris.

pulsionalidad, analidad primaria (A. Green) pero también oralidad primaria, es decir no reorganizadas según el primado genital –el de la “genitalidad infantil” (Freud). Son experiencias subjetivas que alcanzan al sujeto antes de la organización del “no” (tercer organizador de Spitz), antes de las primeras formas del “estadio del espejo” (Wallon, J. Lacan) y de la emergencia de la reflexividad, antes de la organización de la representación constante del objeto y de la organización de la analidad secundaria (R. Roussillon) es decir para dar una idea aproximada antes de la reorganización de la subjetividad que se inicia generalmente entre los 18 y 24 meses y continúa después.

Subrayo estos diferentes “analizadores”, estos diferentes “marcadores” de la subjetividad, ya que su ausencia de organización va a colorear de modo específico el tipo de comunicación de las que van a ser portadoras las formas de lenguajes no verbales que trato aquí. En efecto a menudo testimoniaron una organización pulsional “primaria” y poco organizada, una gran dificultad en la expresión de la negación, un fracaso y una búsqueda de reflexividad, una dependencia de las formas de presencia perceptiva del objeto. Se podría decir parafraseando a Freud “la sombra del objeto planea y cae sobre los lenguajes no verbales”, etc.

De ese modo los lenguajes del acto y del cuerpo quedan fundamentalmente ambiguos, tienen un sentido potencial, virtual, pero este depende del sentido que el objeto, al que se dirige, le confiere. Es un lenguaje que, más que cualquier otro, es “a interpretar”, no es más que potencialidad de sentido, que potencialidad mensajera, es sentido no todavía consumado, (inacabado diría Freud) en busca de respuesta, no agota nunca su sentido en su única expresión, la reacción o la respuesta del objeto son necesarias para su integración significativa.

Es también porque la clínica nos muestra la mayor parte de las veces una forma “degenerada”, es decir una forma en la que, el respondiente no ha sido encontrado o no ha proporcionado la respuesta subjetivante adecuada, el sentido potencial ha perdido su poder generativo.

Puedo retomar el ejemplo del que hablé más arriba a propósito de los significantes formales para poder expresar lo que quiero decir. Se refiere a la estereotipia clásica de algunos autistas o psicóticos que se fascinan con un movimiento de sus manos que

parecen ir y volver indefinidamente hacia sí. Los autores de orientación post-kleiniana recuerdan entonces una forma de autosensualidad. Sin duda. Yo imagino además, en lo que me concierne, que un tal gesto “cuenta” la historia de un encuentro que no tuvo lugar. La primera parte del movimiento parece en efecto ir hacia el exterior, hacia el objeto. Imagino entonces un objeto ausente, o no disponible, o no asible, no disponible, indiferente, un objeto sobre el que el gesto de encuentro “se desliza” sin poder agarrarse de un fragmento de respuesta, vuelve entonces hacia sí, portador de lo que no ha tenido lugar en el encuentro. Vuelve al vacío, va hacia otro virtual y vuelve hacia sí, olvida en su retorno aquello hacia lo cual tendía, pero ese vacío, ese olvido, está lleno de lo que no ha tenido lugar, ese vacío “cuenta” potencialmente lo que no se produjo en el encuentro. La sombra del objeto no-encontrado cae sobre el gesto, cae sobre el acto “en crudo”, en sombra. Formulo la hipótesis que ciertos significantes formales descritos por D. Anzieu se formaron así, como una primera “narración” motriz de experiencias de encuentro y de desencuentro con el objeto.

Pero la sombra del objeto cae también sobre el cuerpo y su gestualidad. Formulo la hipótesis¹⁰ que una escucha de las formas de manifestaciones sensoriales, sensorio-motrices, presentes en las afecciones psicósomáticas, consideradas como trazas de formas de comunicación de experiencias primitivas descalificadas, permanece en parte posible. La exploración completa de las formas clínicas de estos modos de manifestación desbordaría ampliamente los límites de mi presentación, tendría que retomar por ejemplo todo el tema del síntoma psicósomático bajo el ángulo de la hipótesis que propongo, o aún todo el tema del lugar del acto y sus formas en la economía psíquica, lo que nos llevaría demasiado lejos.

Me detendré solamente en el tema de las formas más sofisticadas de la presencia de experiencias primitivas en el lenguaje del cuerpo y de lo sexual. Estoy pensando en particular la cuestión del fetichismo sexual. Cuando Freud se inclina a este tema, refiere el nacimiento del fetiche al carácter traumático, para algunos sujetos, de la diferencia de sexos y en particular de la visión del sexo femenino interpretado como el signo de una castración. El fetiche será entonces elegido en función de su proximidad con el lugar

¹⁰ R. Roussillon, 1995. “Percepción, alucinación y solución “bio”-lógica del trauma”. *Revista Francesa de Psicoanálisis*, 1995, No. 8.

del descubrimiento, a menudo lo último visto antes de este: liga, bota o zapato... Su interpretación refiere entonces a la dimensión infantil del síntoma. Pero esto no explica casi por qué el descubrimiento es traumático para algunos sujetos y no lo es para otros.

En 1927 en el artículo que consagra al fetichismo, Freud aborda el caso del fetiche del hombre de los lobos, fetiche singular ya que trata de la necesidad de la presencia del rostro en la mujer amada, para ser deseada, de un "brillo en la nariz" o una mirada que "brille" la nariz, para decirlo rápidamente. Este fetiche es singular, está en el rostro, parte del cuerpo que no está particularmente próximo del sexo femenino. Dicho de otro modo, la hipótesis de Freud según la cual el fetiche se elige por su proximidad perceptiva con el sexo femenino aplica mal. Podemos por cierto hacer siempre, como Freud, la hipótesis de un desplazamiento de abajo arriba, pero también se puede preguntar por qué efectuar un desplazamiento así y si eso no querría decir otra cosa. Hacia la misma época (1924) Freud trabaja también sobre el terror a la cabeza de Medusa. Allí interpreta la presencia de cabellos de serpientes que adornan la cabeza de la medusa de Caravaggio, que toma como figura ejemplar en su análisis introduciéndole la representación pictórica en su texto, en unión con una representación anulada de la "castración" femenina. Sin embargo, la figuración que el Caravaggio propone se caracteriza por el hecho que el rostro de la Medusa muestra terror él mismo. La medusa se supone "medusar" de terror al otro, y el rostro de esta es él mismo el del terror, en espejo de algún modo. En los dos casos brindados por Freud, este interpreta el contenido en función de la angustia de castración, y no hay razón para no seguirlo en ese camino. Pero esta interpretación no agotaría la cuestión ni el material significativo que Freud nos propone. No toma en cuenta, en efecto, que en ambos casos, es sobre el rostro que la cuestión de la castración parece desplazarse, y por qué entonces elegir el rostro si es la última percepción precedente al descubrimiento del "horror de la castración" que debe servir para fijar el fetiche como Freud lo advierte en diferentes momentos. La hipótesis que propongo complementando esta, intenta dar sentido a la vez al hecho que se trata del rostro, y que este parece funcionar como espejo, espejo de la mirada brillante que hace brillar la nariz, espejo del terror que la medusa supone provocar. Winnicott subraya que la función primitiva del rostro de la madre, por tanto el vínculo a lo femenino primario en su concepción, es el de reflejar al niño sus propios

estados de ser, y por tanto de funcionar como una primera forma de espejo del alma. El paso es tan difícil de franquear hasta de pensar que, en la experiencia del descubrimiento de lo femenino secundario, representado por el sexo femenino viene a mezclarse la traza de una experiencia de lo femenino primario, de lo que refleja el rostro de la madre.

Que sobre el descubrimiento de la diferencia de sexos viene a transferirse también una experiencia primitiva en ligazón con la expresión del rostro de la madre y la amenaza, por ejemplo de una extinción del “brillo de sus ojos”, como significante primero del deseo y del placer de esta al contemplar a su hijo. Con la “conversación” secundaria del niño con la figura del sexo femenino, se mezclan las formas primeras de su encuentro con lo femenino. Así se encuentra estar secundariamente simbolizado el trauma narcisista primero.

No puedo multiplicar los ejemplos en los límites de esta reflexión, pero quisiera subrayar, para finalizar y agregando a lo que terminé de decir, la idea de un lenguaje del acto sexual y de la sexualidad.

Recordaré de entrada el acto sexual en particular, que me parece completamente interpretable según la línea que propongo. El encuentro de los cuerpos, el modo en que se encuentran, en que uno penetra al otro, el ritmo del “vaivén”, la dulzura, la brutalidad, la postura, la intensidad puesta en el compromiso de sí, etc., “cuentan” al otro la pulsión de sí, pero también cómo, en el cuerpo a cuerpo primitivo “preverbal” con los primeros objetos, los cuerpos son encontrados, penetrados, y cómo esto ha podido ser retomado, integrado, mediatizado y simbolizado en lo sexual adulto. Los cuerpos “hablan” lo sexual, el acto sexual “cuenta” la experiencia de sí y la historia de la experiencia del encuentro con el objeto.

El lenguaje de los cuerpos en el mundo animal me proporciona, al fin, mi último ejemplo. La “domesticación” de los delfines obedece a un interesante ritual y que bien podría también encontrarse en ciertas formas del acto sexual o del encuentro corporal en el hombre. El domador debe comenzar por presentar una parte de su propio cuerpo, su brazo por ejemplo, por no decir su miembro, a la boca, llena de dientes acerados, del delfín. Este podría, con un golpe de mandíbula, cortar lo que se le ofrece. Pero se

contenta con ejercer una débil presión sobre el miembro ofrecido, el brazo, él hace “sentir” que podría cortarlo o lastimarlo, y se detiene sin dañar al “domador” confiado. Luego este último puede retirar el brazo y entonces el delfín se vuelve y ofrece su vientre, la parte más vulnerable de su anatomía. El domador a su vez pone la mano en el vientre y ejerce una presión que significa tanto que él puede ejercer su poder sobre esta parte vulnerable, como el que no lo va a hacer. He aquí un “diálogo” corporal que creo que es el prototipo corporal de las operaciones base e lo que se ha dado en llamar “transferencia de base” que podemos observar cuando una cura psicoanalítica se presenta bien. Por cierto un tal diálogo es polisémico, puede interpretarse de distintos modos, del punto de vista de las formas de lo sexual puesto en juego, del punto de vista de las apuestas narcisistas de la vulnerabilidad y de la seguridad, etc., pero no es también la característica fundamental del lenguaje del acto y de un modo más general del cuerpo?

Para terminar quisiera subrayar que mis últimos desarrollos apuntan a inscribir estas diversas formas de lenguaje “a partir del cuerpo y sus formas de expresión” plenamente en el proceso de simbolización y hacen aparecer que no debe ser considerado como un proceso “en todo o nada” –se simboliza o no se simboliza- sino a la inversa como un proceso que presenta diferentes niveles de complejidad y de expresión.